

Visita Guiada

Por Luis Alberto ValderramaValderrama
DNI.: 95126931
Categoría: Ciudadanía en General

A Osvaldo López,
sobreviviente del Centro Clandestino
de Detención, Tortura y Exterminio
Virrey Cevallos

Los muros son los mismos, el portón de la entrada y las puertas de las habitaciones siguen siendo los mismos, desvencijados; el óxido sobre el metal, las astillas queriendo saltar de la madera y la trilogía de capas de pintura en las paredes que perdieron desde hace años el derecho a la belleza; aún lo reclaman, particularmente el celeste exige que se le reconozca su brillo de antaño, pero nadie le cree y si lo hacen, no están dispuestos a mover un dedo para aceptarlo.

El auto se detiene, suena la bocina, gritos, el portón chilla al abrirse, el auto entra y el portón chilla al revés, para cerrarse. Una radio suena, voces ininteligibles rumian el aire, tal vez escupen blasfemias o diatribas escandalosas, no se sabe, pero no se puede imaginar otra cosa. O sí, quizás si se alarga un poco la fantasía y la radio estira sus frecuencias, progresivamente la voz del locutor empieza a distinguirse del ruido, las palabras emergen de la neblina que dejó el humo del auto y allí mismo se empieza a desvanecer... la neblina, y el auto, y esos hombres que no conoce desaparecen tras la imagen nítida y colorida del escritorio que sostiene unos aparatos electrónicos, varios micrófonos y, después de la del locutor, la voz de una mujer leyendo un poema que no se entiende, pero que es bello, como el silencio en que quedó la multitud que la rodea.

Más adelante, más adentro de la casa, el patio reclama su vacío; nada se atreve a profanarlo, un poco nomás la luz de la media tarde que se cuele por el techo; pero sólo para ayudarlo, para resaltar el contraste con esa obscuridad que se anuncia de los cuartos adyacentes. *Tac, tácatac; tac, tácatac; tac, tácatac*, martillea después de cada respuesta, no deja pensar, no se detiene; la máquina de escribir condena sin juicio porque todo lo dicho lo registra en su contra... y sigue, *tac, tácatac; tac, tácatac; tac, tácatac; tac, tácatac*; pero, de repente, *tac, tácatac; tac, tácatac*, tin; *tac, tácatac; tac, tácatin; tac, tácatac; tac, taquitín*; y luego, *tac, tacatín; tin, tin, tin-tan-tin*; y la luz llena el patio, y las baquetas se iluminan mientras brincan alegres sobre las teclas de metal, y tin-tin-tán, y el celeste de la pared se arruga más viejo, y la niña le quiere quitar las baquetas al mago que acaba de derramar la marimba por todo el patio, y la mamá la retiene entre risas y disculpas, y los aplausos terminan de acallar para siempre ese *tac, tácatac; tac, tácatac*.

Cruje la madera bajo los pasos que se aproximan, amenazantes. La luz de la media tarde que se cuele por el techo del patio tiene prohibido entrar allí, ese silencio negro no necesita contrastes; ni siquiera el ladrido de los perros son capaces de romperlo. Todo gesticula mudo en esa urna fría; los alambres fríos de una cama que se tuerce, la mustia lucecilla de una radio que arrastra un tango perdido, la carcajada fría de una mueca de desprecio, y el grito congelado, de espanto, que yace indefenso en la cal de la pintura que las uñas acaban de arrancar de la pared... sí, la misma, la celeste. El agua aparece del techo: una lanza helada, una cachetada húmeda y babosa, látigo fino o falo lujurioso, un cascada sucia que lentamente se aclara, se enrojece, baña de luz el cuerpo anónimo de una mujer en cuclillas que se incorpora al ritmo de un bombo y allí, a su lado, otra cascada de luz se vierte azul

sobre los hombros de un hombre en cuclillas que se incorpora con brío para ofrecer sus brazos a la mujer; y más allá, en otra esquina, una tercera cascada verde atraviesa los ponchos de dos parejas que ya están girando con un zapateo que hace crujir la madera, pero no la lastima; ahora en ronda, todos, con los brazos al cielo y chasqueando los dedos, se acercan y se separan sobre un violín que sutilmente rasguña las paredes, porque ahí siguen, pero las aparta de un salto cuando la guitarra le recuerda que vuelva al pizzicato; ahora en fila, todos, con las manos en la cintura, sin dejar de zapatear, con los aplausos de la multitud siguiendo al bombo, terminan de tomar por asalto a la urna fría y húmeda.

Al final, vuelve el silencio, y la tristeza, y la bronca, aunque no con la fuerza con que la tristeza aprieta el cuello y llena el estómago de aire, pero suficiente para estrellarse contra las paredes del final de la casa y romperlas y atravesarlas. Una tela gigante como de plastilina traslúcida cubre toda esa zona que, como el viejo ícono malayo, no dudaría un segundo en fulminar con un rayo su profanación. Sin embargo, ahí está la tela estirándose, deformada, deformándose, deformando; protegiendo de la desnudez el baño de la espalda femenina que hace de puerta a la dignidad, porque el guardia no quiso cerrar la de chapa; torciendo cómicamente las armas que descansan en el cuartito de al lado; estrellando eternamente platos con el logo de la Fuerza Aérea por las vías de un anillo de moebius que descansa en la piletita desbrozada; alargando los alambres de fardo que sostienen la cadena que rodea el tobillo del hombre y deshaciendo la esposa que sujeta su mano. La tela traslúcida se concentra sobre él y lo cubre mientras empuja la puerta de madera, mientras corre a la otra celda para soltar cadenas ajenas; la tela de plastilina no lo descubre un segundo, mientras baja las escaleras asustado y las vuelve a subir para agarrarse del caño, trepar hasta la terraza, saltar techos, bajar a la calle, caminar por México, doblar la esquina, mezclarse con la multitud a la entrada de la casa, buscar desconcertado las llaves en el bolsillo mientras contempla sonriente las imágenes coloridas que decoran el portón, ya no más una chapa marrón, y mira hacia el piso, satisfecho, las baldosas que alguna vez se le ocurrieron. Ahora la tela traslúcida de plastilina es él mismo, son todos, mientras ingresa a la casa donde el *garage* de la entrada sigue siendo el mismo, pero con una radio abierta donde una mujer lee un poema que no se entiende; y avanza hacia el patio, donde los muros son los mismos pero vibrando ahora con la marimba; y contempla las puertas de las habitaciones que siguen siendo las mismas, desvencijadas, y escucha el crujir de la madera, pero sólo por el golpe del zapateo; y él, con menos pelo en la cabeza y más canas en la barba, sigue siendo el mismo; pero la casa no es la misma desde que la alimenta su insurgente memoria.